

Una dama para la región. La Dama de Elche como símbolo del regionalismo valenciano

A Lady for the Region. The Lady of Elche as a symbol of Valencian regionalism

Antonio Vizcaíno Estevan

Doctor en Arqueología – Universitat de València

antonio.vizcaino@uv.es

Resumen: *En este texto se analiza el proceso de apropiación simbólica por el cual la Dama de Elche (s. IV a. C.) se ha convertido en referente de la identidad regional valenciana. Para ello se revisarán los contextos sociopolíticos y culturales que, desde el momento del hallazgo en 1897 hasta la actualidad, han resultado fundamentales para afianzar la centralidad del busto ibérico en el imaginario colectivo valenciano.*

Palabras clave: *Dama de Elche, iberos, regionalismo, nacionalismo, identidad valenciana.*

Abstract: *This paper examines the process of symbolic appropriation by which the so-called Lady of Elche (stone bust, 4th century BC) has become one of the main symbols of Valencian regional identity. With this aim, socio-political and cultural contexts from 1897 –when the Lady of Elche was discovered- to the present-day will be taken into consideration in order to understand the role of the bust in the Valencian social imaginary.*

Keywords: *Lady of Elche, Iberians, regionalism, nationalism, Valencian identity.*

1. Introducción

El pasado tiene un indudable poder legitimador. A través de los discursos contruidos a su alrededor se sancionan todo tipo de realidades, desde las que tienen que ver con el territorio, pasando por las vinculadas a cuestiones políticas e ideológicas, hasta llegar a las de índole social y económica. El pasado actúa, en resumi-

das cuentas, como un argumento de peso en la definición de las identidades del presente, pues las dota de profundidad temporal y, en consecuencia, las presenta como más creíbles y respetables, aún y cuando el origen real de éstas pueda no ser tan remoto (Hobsbawm y Ranger 2002). Los discursos sobre el pasado al servicio de la definición identitaria cuentan, además, con

el apoyo de la materialidad asociada, el patrimonio, que se convierte en materialización misma de la identidad (García Canclini 1999). De este modo, los restos del pasado, sobre todo las piezas arqueológicas consideradas singulares ya sea por la excepcionalidad de sus características técnicas y estéticas, por las circunstancias de su descubrimiento o por las posibilidades de trazar paralelismos con otros elementos de la realidad étnica que las acoge, son susceptibles de convertirse en capital simbólico a través de un proceso de apropiación y resignificación que puede conducir a su sacralización (Hamilakis y Yalouri 1999).

En el territorio español, una de las piezas que mayor proyección ha tenido como resultado de un potente proceso de apropiación simbólica ha sido la Dama de Elche. Desde el momento de su descubrimiento en 1897, el busto activó distintas narrativas –más allá la estrictamente arqueológica- a través de las que se le dotó de significado. Primero fue la “Reina Mora”, interpretación acorde con un imaginario popular que identificaba lo diferente con el “moro”. Poco después, a raíz de su traslado al Museo del Louvre fue rebautizada como Dama, un cambio de nombre en apariencia anecdótico pero que traducía, en realidad, una nueva manera de entender la pieza amoldada a la cosmovisión burguesa del París de principios del s. XX (Aranegui 1997). El exilio francés supuso el reconocimiento internacional de la Dama, y a partir de ese momento, y a lo largo del s. XX, ha sido reivindicada como referente de distintas formas de identidad, principalmente político-territoriales, pero también de otro tipo, relacionadas, por ejemplo, con el ideal de belleza femenina, la pureza racial, el neopaganismo... Incluso la veneración local del busto ha llevado a desarrollar prácticas cotidianas próximas a la ritualidad católica (Vizcaíno 2015). En este sentido, el valor simbólico de la Dama ha acabado prevaleciendo sobre el cientí-

fico, y hasta tal punto es así que ya a finales de los años 20 Teodoro Llorente Falcó escribía en el diario *ABC* que

“La Dama de Elche, que en los primeros tiempos después de su descubrimiento sólo tenía un valor arqueológico, comienza a mirarse desde otros puntos de vista; ya no es el curioso documento de piedra de las edades pasadas, atestiguo de una civilización y de una cultura artística, sino la personificación de la mujer ibérica, de aquella raza que constituye el fundamento de la española” (1929: 19).

En el estudio de los usos de la Dama de Elche en los ss. XX y XXI ha primado la proyección del nacionalismo español, sin duda la más visible de todas aunque no la más temprana. Sobre este tema existe una abundante literatura polarizada alrededor de dos momentos clave. Por un lado, el descubrimiento del busto y su función como reactivador del orgullo nacional en un contexto de desprestigio internacional tras la crisis de 1898 (Ruiz 1994; Díaz-Andreu 1995; González Reyero 2007). Por otro lado, el regreso del busto a España en los años 40 y su definitivo afianzamiento como símbolo fundamental de lo español en el marco de la dictadura de Franco y el ascenso del nacionalcatolicismo, tras un periodo en el que el poder de la Falange había dejado a los iberos en un segundo plano en pro de un filoceltismo que permitía construir puentes con la Alemania nazi (Díaz-Andreu 1995; Ruiz Zapatero 1996; Álvarez Sanchís y Ruiz Zapatero 1998; Prieto Arciniega 2003; Wulff 2003; Ruiz, Sánchez y Bellón 2006). Sin embargo, el uso político de la Dama por parte del nacionalismo español no ha sido ni es exclusivo. Su reivindicación como referente ha venido también de la mano de otras identidades político-territoriales, algunas de ellas compatibles con el discurso nacional español, como la identidad local ilicitana y la regional valen-

ciana, pero otras abiertamente divergentes, como el nacionalismo valenciano y por extensión –aunque no en todos los casos- con una identidad catalana más extensa reflejada en la fórmula de los Països Catalans. No obstante, a pesar de las posibles afinidades existe una cuestión en la que ni siquiera los discursos identitarios compatibles con el nacionalismo español son necesariamente permisivos: la posesión del busto. Tanto desde la esfera local como desde la regional y la nacional valenciana se reclama el derecho a disfrutar de la Dama en el propio territorio, un argumento que no es nuevo pero que se ha visto reforzado durante las últimas tres décadas como resultado de la descentralización de las competencias en el marco del Estado de las Autonomías, pero también como respuesta al desanclaje identitario acelerado por la globalización (Giddens 2003). Un fenómeno que abre el interesante y acalorado debate sobre la titularidad de los bienes patrimoniales.

Partiendo de ese juego de encuentros y desencuentros identitarios provocados en torno a la Dama, en este texto prestaremos atención a la escala regional, analizando de qué maneras el icono ha sido asumido y utilizado políticamente para justificar una manera concreta de entender la identidad valenciana que hoy en día continúa siendo la mayoritaria (Archilés 2006b). Para ello nos remontaremos a finales del s. XIX, momento en que tiene lugar el descubrimiento de la Dama de Elche pero también el afianzamiento del repertorio de símbolos de la identidad regional. A partir de ahí, rastreamos el proceso de incorporación del busto al imaginario simbólico valenciano hasta llegar a nuestros días.

2. El origen de una relación duradera: los iberos, la Renaixença y el oportuno hallazgo de la Dama de Elche

El s. XIX constituye un momento verdaderamente trascendental para el análisis de los usos del pasado. El surgimiento y desarrollo de los nacionalismos supuso, entre otras muchas cosas, trasladar la centralidad de los linajes dinásticos como sujeto preferente de atención de los discursos históricos e identitarios al nuevo concepto de nación surgido tras la Revolución Francesa (Wulff 2002). La nación, entendida en sentido contemporáneo, asumía una responsabilidad política para cuya legitimación requería de relatos sobre el pasado que explicitaran su carácter milenario, lo cual explica el importante desarrollo historiográfico que vivió el s. XIX. Un desarrollo del que España también fue parte integrante. A lo largo de la centuria se sucedieron historias nacionales impregnadas de un claro componente nacionalista y esencialista. La historia era entendida como el relato de las glorias de la nación desde tiempos inmemoriales, lo que daba a entender que la esencia de la comunidad nacional había sido la misma a lo largo del tiempo y a pesar de la sucesión de invasiones y conquistas (Álvarez Junco 2003: 59). Lógicamente esos discursos históricos no fueron creados de cero, sino que se aprovechó la tradición historiográfica de siglos anteriores y se amoldó a las necesidades de la nueva clase dirigente.

En el devenir histórico de España, los iberos y los celtas, y en especial los celtíberos, constituían el punto de partida de la trayectoria nacional, y a ellos se les atribuía el germen del espíritu español, con sus virtudes pero también con sus defectos, como la tantas veces lamentada desunión. Ahora bien, las culturas prerromanas peninsulares no fueron patrimonio exclusivo del nacionalismo español, y de hecho a lo largo del s. XIX surgieron de manera paralela otras for-

mas de identidad que clamaron por ese pasado antiguo. Algunas de ellas derivarían más tarde en nacionalismos que chocarían con la idea de lo español, como el catalán y el vasco, mientras otras no solamente fueron compatibles, sino también complementarias de la identidad nacional española, como ocurrió con el regionalismo valenciano. En efecto, el regionalismo no traducía una reivindicación política regional, sino una afirmación de la singularidad etnocultural valenciana dentro de la globalidad representada por España, lo que, en última instancia, no hacía sino reforzar el proceso nacionalizador español (Archilés y Martí 2001). Esto afectó a la manera de concebir el pasado desde la región, pues se entendía que existía una historia compartida con el resto de España a la que el territorio valenciano había contribuido con sus mejores logros, pero, al mismo tiempo, esa historia manifestaba una serie de particularidades que la hacían diferente y que representaban el origen del carácter distinguido del pueblo valenciano.

El imaginario simbólico del regionalismo valenciano no puede entenderse sin la *Renaixença*, el movimiento de recuperación y exaltación de la historia, la cultura y la lengua vernácula que, valiéndose del precedente asentado por el Romanticismo, tuvo lugar entre el último cuarto del s. XIX y la primera década del s. XX y afianzó el repertorio de referentes identitarios regionales que sigue vigente en la actualidad (Roca Ricart 2001; Archilés y Segarra 2005; Archilés 2006; Archilés 2011). Desde el punto de vista del discurso histórico, fue la Edad Media la que copó el protagonismo en la producción literaria e historiográfica *renaixencista*, al ser entendida como el momento álgido de definición de los rasgos culturales valencianos: la lengua, la organización territorial y el paisaje, así como algunos personajes históricos convertidos en auténticos héroes regionales. No obstante, los iberos no quedaron al margen de

esa mirada nostálgica y orgullosa que la *Renaixença* proyectaba sobre el pasado, pues constituían la mejor garantía del carácter milenario de lo valenciano. Los iberos eran vistos como la primera cultura con nombre propio que había habitado el territorio y, como tal, era susceptible de asumir algunas de las variables psicológicas y culturales propias de los valencianos.

Ahora bien, la construcción del imaginario *renaixencista* sobre lo ibérico estuvo limitada, hasta el 1897, a las descripciones que habían legado los autores griegos y romanos antiguos, pues no fue hasta ese año, con el hallazgo de la Dama de Elche, que se asoció de manera fehaciente ese pasado a unos restos arqueológicos concretos (Aranegui 2012: 35). En este sentido, la imaginación de lo ibérico por parte de los intelectuales de la *Renaixença* se había circunscrito a dos temas fundamentales. El primero, la mitificada resistencia de Sagunto frente a las tropas de Aníbal, asumida como la primera gran gesta valenciana y, en consecuencia, la primera gran aportación a las glorias de la historia de España. El segundo de los temas fue el de los topónimos ibéricos, utilizados para legitimar la división provincial valenciana y para prestigiar a la historia de determinados municipios. La falta de referentes icónicos no fue, sin embargo, un obstáculo para que la *Renaixença* asentara las bases de una potente identificación entre lo ibérico y lo valenciano, especialmente entre la antigua región edetana y el territorio conformado por la ciudad de Valencia y las comarcas cercanas, que, no en vano, estaban experimentando en estos momentos un notable crecimiento económico gracias a la agricultura de exportación –la naranja– y, en menor medida, al desarrollo industrial (Archilés y Martí 2001). Fijar un pasado antiguo también esplendoroso permitía construir un sentido de continuidad que los intelectuales de la *Renaixença* se afanaron en argumentar. En este contexto, el

descubrimiento de la Dama de Elche en 1897 o, para ser más exactos, su traslado a Francia ese mismo año tras la compra de Pierre Paris, supuso la materialización –por todo lo alto- de esa atracción por lo ibérico. La centralidad de la Dama no se manifestaría de manera inmediata en la producción literaria e histórica renai-xencista, pero durante las décadas siguientes se vería claramente reivindicada como resultado de la creciente popularidad del busto, pero también por el proceso de institucionalización de la arqueología valenciana y la clara apuesta que ésta hizo por el pasado ibérico.

3. La Dama de Elche y la región

La exhibición del busto en el Museo Louvre, por aquel entonces el museo más prestigioso del mundo, trajo consigo el reconocimiento internacional y despertó los anhelos de parte de la intelectualidad valenciana. La Dama era entendida como la primera muestra de genialidad valenciana y española, y su exilio francés no hacía sino acrecentar el sentimiento de pérdida de lo propio. El discurso de la etnia ibérica como origen de lo valenciano había sido bien recibido por el regionalismo, que asistía en estos momentos, a principios del s. XX, al surgimiento de una vía minoritaria de valencianismo político que, por primera vez, añadía a la recuperación identitaria una reivindicación política frente al centralismo y el castellanismo imperantes (Archilés 2006). No obstante, la politización no trajo consigo una diferenciación de los símbolos, de manera que tanto el regionalismo como el valencianismo político compartieron un mismo imaginario. En él, la Dama de Elche asumía un protagonismo creciente como representación de los orígenes de una raza valenciana entendida en términos étnicos (García-Oliver 2016: 60). Así, obras clave como *El pensament valencianista*, firmada por diversos autores en 1919, reivindicaron la existencia de un “tipo valenciano” que era

“perenne supervivencia de aquella Etnos-Iberica, ja reconeguda per Estrabó i Festo Avino [sic]. No més al remoure la corfa superficial de nostra terra el llibre obert de la naturalesa valenciana, nos mostra en el subsol, fulles tan demostratives de lo que diem com l'admirable "Dama d'Elg" i les pintures rupestres que decoren les parets de quasi totes les coves de nostres muntanyes” (VVAA 1919: 7).

También en 1919 Ignasi Villalonga decía de la Dama de Elche que

“nosaltres, els valencianistes, veem un símbol, un emblema del temperament, del geni artístic de nostra raça en aquella etat remotíssima. I és ben dolorós que per a contemplar tan noble niçaga i eixcutòria, tingam que anar al Museu del Louvre, puix per incuria, els valencians hem deixat que estos tresors s'ens escapen” (1919: 4).

La apropiación que tanto el regionalismo como el valencianismo político hacían del pasado ibérico se vio favorecida por el notorio desarrollo que el conocimiento de la cultura ibérica experimentó durante la segunda y, especialmente, la tercera década del s. XX. En efecto, la prioridad de lo ibérico puede reconocerse en la actividad de instituciones recién creadas como el Centro de Cultura Valenciana (CCV) (1915), en el que se reunía parte de la escuela histórica valenciana, y sobre todo el Servei d'Investigació Prehistòrica de la Diputació Provincial de Valencia (SIP) (1927), auténtico motor del iberismo valenciano (Hernández y Enguix 2006; Aranegui 2012: 43ss). El desarrollo de campañas de excavación en yacimientos como El Tossal de Sant Miquel (Llíria) o La Bastida de les Alcusses (Moixent), permitió reconocer la importancia del territorio valenciano en época ibérica y enriquecer el repertorio iconográfico con piezas que también

se convertirían en emblemáticas, entre ellas las cerámicas edetanas o el famoso Guerrero de Moixent. Aun así, el protagonismo de la Dama de Elche era indiscutible y los años 20 y 30 vieron proliferar el uso del busto como símbolo de lo ibérico y de lo valenciano a través de la escultura, la pintura y la cartelería. Esto explica, por ejemplo, que en 1929 fuese tomada como emblema por el Patronato Nacional de Turismo para promocionar la exposición *Arte de Levante* en Valencia (fig. 1); o que el escultor José Terencio Ferré la utilizara en 1933 como homenaje a la mujer valenciana para el remate del puente de Aragón en Valencia (fig. 2); o que fuese elegida como emblema del Institut d'Estudis Valencians (fig. 3), creado en 1937, en cuya sección Histórico-Arqueológica se integraría el propio SIP durante la Guerra Civil (Juan Cabanilles 2006: 179). Lo interesante es que en algunas de estas representaciones la Dama de Elche fue más allá de su función como símbolo de la región y acabó convirtiéndose en personificación de la misma. Un ejemplo ilustrativo lo constituye la portada del número 55 de *La Semana Gráfica: revista semanal ilustrada de Levante* (fig. 4), de 1927, en la que aparece una figura femenina principal con el tocado de la Dama de Elche y envuelta de algunos de los principales elementos identitarios reconocidos por el regionalismo e impulsados por la burguesía desde la ciudad de Valencia: las banderas –valenciana y española-, las flores, la barraca y la indumentaria tradicional, todo ello sintetizado en una escena de la Batalla de las Flores, celebrada desde 1891 en el marco de la Feria de Julio de Valencia, como mejor expresión de la idea del *Levante feliz*. La imagen entroncaba con la tradición de utilizar la figura femenina como construcción alegórica de la patria, de modo que la Dama de Elche no solo representaba la idea de la región, sino que se alzaba como mejor representación de la mujer valenciana.

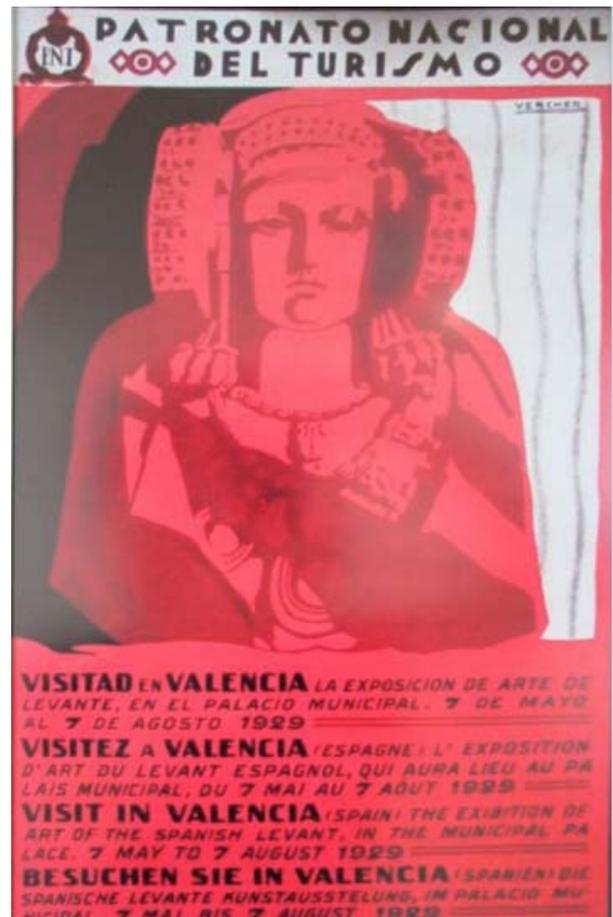


Figura 1: Cartel del Patronato Nacional de Turismo de 1929 anunciando la exposición “Arte de Levante” en Valencia (Fuente: *Exposición La Dama de Elche como símbolo*, Centro de Interpretación de L’Alcúdia, 2011).

4. La quintaesencia de la mujer valenciana

En la construcción de los imaginarios sobre la nación, la figura femenina ha jugado un papel fundamental como alegoría de la tierra, de la “madre patria”, especialmente en los países europeos de tradición grecolatina (Orobon 2010: 43). El protagonismo femenino, no obstante, era solo parte de la retórica patriótica, pues las mujeres quedaron al margen de la definición nacional a lo largo del s. XIX, responsabilidad exclusiva de los “hijos” de la nación (Donapetry 2006: 33-34). La región también vivió ese proceso de feminización y, en el caso valenciano, la Renaixença asentó la imagen de la labradora valenciana como alegoría de

la “patria chica”. Una imagen que respondía a la idealización de la patria: la labradora que, ataviada con ricas telas y bordados, ofrecía con gesto amable frutas y flores, era reflejo de una tierra agrícola feraz y cuajada de bondades que vivía en estos momentos un celebrado éxito económico (Archilés y Martí 2001). La labradora se convirtió así en objeto de inspiración de obras literarias, de artes decorativas y de celebraciones, como la de los Jocs Florals, situándola como uno de los referentes fundamentales del imaginario regionalista.

Desde esta perspectiva, el descubrimiento de la Dama de Elche constituyó una feliz coincidencia, pues las similitudes entre el tocado del busto ibérico y el de las valencianas permitía hablar de una continuidad étnica a través de un testimonio material de envergadura, en un momento en que arqueología, etnología y geografía construían un discurso común que pretendía legitimar científicamente las realidades étnicas y sus fronteras (Archilés 2006a). Así lo hizo notar a principios de siglo el británico Horacio Sandars al hablar de la proximidad entre la Dama de Elche y las valencianas (Olmos y Tortosa 1997), de igual modo que Azorín lo había hecho con las yeclanas y las esculturas ibéricas de El Cerro de los Santos, o José Pijoan con la propia Dama de Elche como ideal de mujer española (Olmos 1996). La figura femenina era utilizada como argumento del esencialismo patrio, y en el caso valenciano el vínculo Dama de Elche – labradora valenciana fue recurrente, sobre todo a partir de los años 20. En algunos casos la identificación se hacía por asociación, como en el cartel anunciador de las fiestas de Elche de 1925 (fig. 5), de Pedro Pérez Doló, en el que la labradora aparece a los pies del busto ibérico y rodeada de flores, además de otros referentes identitarios ilicitanos como el Palmeral y el *Misteri*. En otros casos se producía una auténtica hibridación, de manera que a la imagen de la labradora se añadía el tocado de

la Dama de Elche. Buena muestra de ello son las figuritas cerámicas de principios de los años 30 del escultor Antonio Peyró Mezquita (fig. 6).



Figura 2: *Homenaje a la mujer valenciana en el Puente de Aragón de Valencia, 1933 (Foto: A. Vizcaíno).*

Pero uno de los momentos de mayor carga simbólica en la identificación de la Dama de Elche como arquetipo de la mujer valenciana y, por extensión, de la región, se produjo en 1929, cuando la valenciana Pepita Samper se convirtió en la primera ganadora del concurso de belleza “Señorita España” convocado por el periódico ABC. En marzo de ese mismo año, Pepita Samper fue homenajeada por Lo Rat Penat, la que había sido institución emblema de la Renaixença, y se convirtió en protagonista de la falla *Juego de Damas*, de Carlos Cortina, en la que el

ninot de la primera “Señorita España” aparecía a los pies de una gran Dama de Elche y enmarcada por la Torre Eiffel (fig. 7). La inclusión del monumento francés hacía referencia a la reciente estancia de Samper en París con motivo del Concurso Internacional de Belleza, al que asistía –vestida de valenciana- como representación de la belleza española, pero permitía al mismo tiempo jugar con el doble sentido al evocar el tantas veces llorado lugar de exilio del busto ibérico, de modo que los dos símbolos de la belleza valenciana quedaban ligados a través de la capital francesa. Apenas unos meses después, Teodoro Llorente Falcó firmaba desde Valencia un artículo en el ABC titulado *Rasgos valencianos*, encabezado por una fotografía de Pepita Samper vestida de valenciana y orando ante una réplica de la Dama de Elche (fig. 8). La tradición, la devoción, la belleza y el origen, elementos del ideal regional asociado a la mujer en tanto que alma de la región, aparecían sintetizados en una sola imagen, y el propio Llorente Falcó se encargaba de señalar que la Dama constituía *la más autorizada representación de la mujer valenciana* (Llorente Falcó 1929: 19).



Figura. 3: Emblema del Institut d'Estudis Valencians, Sección Histórico-Arqueológica (Fuente: Archivo Cátedra Dama de Elche).



Figura 4: Portada del número 55 de “La Semana Gráfica”, 1927 (Fuente: La Semana Gráfica).

El binomio continuó perpetuándose durante el franquismo a escala regional, sin que ello supusiera un impedimento para el proceso de *castizicación* que la Dama de Elche, como ejemplificación del ideal de la mujer española, venía experimentando desde hacía unas décadas, y que se vio fortalecido con su regreso a España en 1941: la mitra pasaba a ser peineta, el manto devenía mantilla y el misterio de su mirada mutaba en devoción católica (Aranegui 1997). Al fin y al cabo el regionalismo, ahora instrumentalizado por el franquismo, entendía la identidad valenciana como parte integrante de la española, por lo que no había lugar para el desacuerdo, solo planteado a partir de los años 60 por el nuevo nacionalismo valenciano (Archilés 2006b). Así, Bonmatí de Codecido decía de la Dama de Elche, en un artículo de 1940 publicado en el diario ABC, que

“historiados rodolos de extraña filigrana ciñen su cara, recordando esos peinados de labradora valenciana complicados y bellos” (García Rodríguez y Gómez Alfeo 1997: 224).

Por su parte, Serrano de Haro la presentaba como “la más hermosa y espléndida representación de la mujer española, de los primeros tiempos de la Historia”, y destacaba su similitud con “las que son en nuestros días el mejor ornato y el orgullo de las tierras de Murcia y de Valencia” (1962: 18).

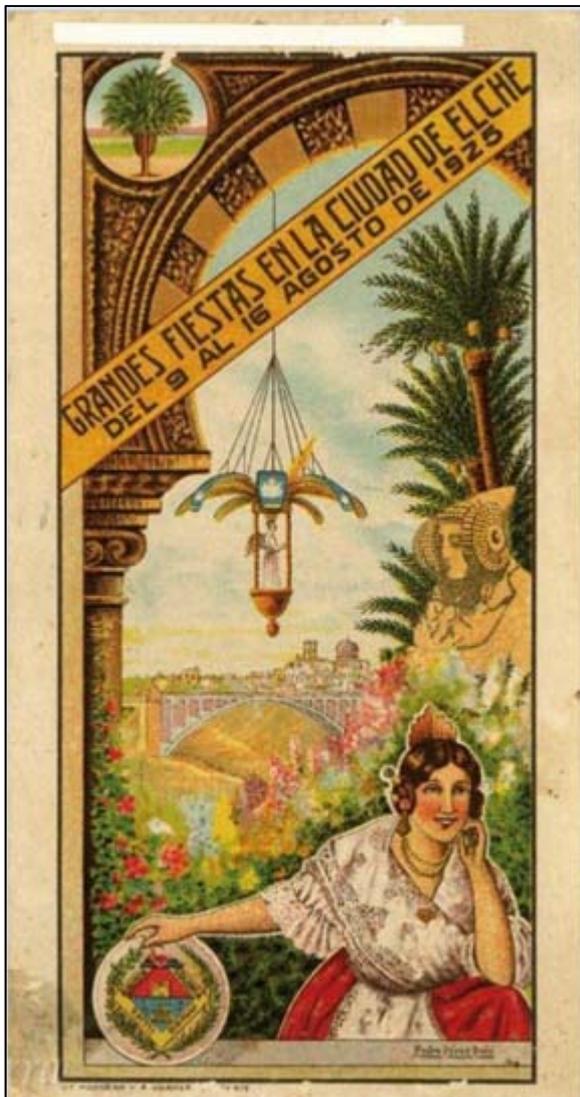


Figura 5: Cartel de fiestas de Elche de 1925 (Fuente: Archivo Cátedra Pedro Ibarra).



Figura 6: Figurita en cerámica representando a una valenciana con el tocado de Dama de Elche, obra de Antonio Peyró Mezquita, años 30 (Fuente: Exposición La Dama de Elche como símbolo, Centro de Interpretación de L'Alcúdia, 2011).

Todo esto ocurría en un contexto en el que la identificación de lo ibérico y lo valenciano alcanzaba uno de sus momentos álgidos. Tras los primeros años de dictadura, en los que la influencia falangista había otorgado el privilegio de los orígenes de España a los celtas, los años 40 y 50 vivieron el renacer del iberismo en un proceso de recuperación en el que la escuela valenciana tuvo mucho que decir (Aranegui 2012: 46). Distintas personalidades ligadas a instituciones como el CCV y el SIP declararon abiertamente la importancia del pasado ibérico en la historia nacional y, sobre todo, la singularidad ibérica valenciana como expresión más pura de la cultura ibérica, lo cual permitía, además de demostrar el origen milenar del pueblo valenciano, argumentar un distanciamiento respecto a lo catalán, uno de los

principales fundamentos del regionalismo valenciano. Uno de los autores más prolíficos en este campo fue Nicolau Primitiu Gómez-Serrano, presidente de la Sección de Prehistoria del CCV, cuyas fantasiosas teorías le llevaron a hablar a través de la toponimia y la etnografía de un pasado ibérico glorioso, casi mítico, para el territorio valenciano (Gómez Serrano 1950). Pero también investigadores de reconocido prestigio como Domingo Fletcher, director del SIP y del Museu de Prehistòria desde 1952 hasta 1982, no dudó en defender el factor diferencial valenciano, en el que la plástica ibérica, con la Dama de Elche, el Guerrer de Moixent y las cerámicas de Lliria a la cabeza, se constituía en principal argumento. Tal y como él mismo reconocía,

“hemos de admitir que se trata de una predisposición artística, fundamental y constante de las gentes levantinas, de la que en toda época han dado patentes y brillantes muestras; en tiempos protohistóricos, imponiendo su arte al resto de la Península, y en tiempos presentes, permitiéndose el lujo de acaparar medallas en los certámenes nacionales” (Fletcher 1949: 21).

De este modo, a través del reconocimiento institucional, el vínculo esencialista ibero-valenciano fue definitivamente incorporado al discurso regional y posteriormente asumido por las distintas fuerzas políticas durante la Transición y el proceso de construcción autonómico.



Figura 7: Falla de 1929 de la Plaza Mariano Benlliure de Valencia, titulada “Juego de Damas” (Fuente: Archivo Cátedra Dama de Elche).



Figura 8: Pepita Samper, “Señorita España” 1929, vestida de valenciana y posando con una réplica de la Dama de Elche (Fuente: Llorente Falcó 1929: 29).

5. La Dama y la Autonomía

Con el fin de la dictadura el regionalismo se convirtió en el discurso valencianista mayoritario, aunque no en el único. Desde los años 60 un nutrido grupo de intelectuales ligados a la universidad habían reformulado los planteamientos del valencianismo político, dando lugar a un nacionalismo totalmente renovado de filiación catalanista (Archilés 2012). Por primera vez un discurso identitario valencianista renunciaba a los elementos simbólicos asentados por la *Renaixença* y popularizados durante décadas, lo cual constituyó uno de los principales motivos del escaso arraigo social de sus planteamientos. Por otro lado, una parte del regionalismo de herencia franquista derivó hacia una vía regionalista profundamente españolista y de corte claramente anticatalanista que cristalizaría en el movimiento conocido como *blaverismo* (Viadel 2009). Los desencuentros entre las distintas maneras de entender la identidad valenciana

explotarían durante los años 70 en la llamada “Batalla de Valencia”, en la que la lucha por los símbolos y el poder político en un ambiente de crispación y marcada violencia acabaría provocando la fractura de la sociedad valenciana (Viciano 2000; Cucó 2002). La aprobación del Estatuto de Autonomía (1982) y la celebración de las primeras elecciones autonómicas (1983) trajeron una cierta estabilidad, si bien los conflictos continuaron existiendo tanto fuera como dentro del ámbito institucional.

En los relatos identitarios contruidos desde los distintos posicionamientos ideológicos valencianistas, ya fueran nacionalistas o regionalistas, hubo –y continúa habiendo– un lugar privilegiado para la Dama de Elche como uno de los principales símbolos de lo valenciano, aunque tal vez con matices. Por ejemplo, el hecho de que la Dama de Elche sea utilizada también como icono de lo español ha podido despertar algunas reticencias en el nacionalismo

valenciano, el cual, sin renunciar al busto ibérico en ningún caso, ha podido encontrar en la figura del Guerrer de Moixent un emblema más *exclusivamente* valenciano. Sin embargo, el discurso identitario oficial, asumido por los partidos políticos mayoritarios, garantizó la continuidad del regionalismo a través de la fórmula del autonomismo (Archilés 2006b; Núñez Seixas 2006), perpetuando así el repertorio simbólico construido desde finales del s. XIX.

La necesidad de construir un relato sobre la historia valenciana acorde con la nueva realidad sociopolítica creada en el marco del Estado de las Autonomías, impulsó a las instituciones y a la propia sociedad a priorizar determinadas épocas, entre las que se encontraba la ibérica como momento casi fundacional, y algunos de sus iconos, en especial la tradicional tríada Dama de Elche - Guerrer de Moixent - cerámicas de Lliria.

Así, desde los decisivos primeros años de afianzamiento del nuevo engranaje autonómico y hasta la actualidad, las imágenes de la Dama se han difundido a través de formatos variados y por iniciativa de agentes muy diversos, desde las instituciones públicas, pasando por los bancos y los diarios, hasta llegar al entramado asociativo y a las iniciativas de particulares. Los libritos de divulgación de la historia de la Autonomía, los cómics conmemorativos para el público infantil, las reproducciones a pequeña escala, los calendarios y coleccionables, los libros de texto, los nombres de las calles, los museos, los programas de televisión, el ornato público y los emblemas, entre otros, han convertido a la Dama de Elche en un icono identificable y reconocible como propio por el conjunto de la sociedad valenciana (fig. 9).

Todavía más, el busto ibérico no solamente ha actuado como potente símbolo identitario en sí mismo, sino que, además, y en calidad de tal,

ha sido asociado a otros elementos considerados característicamente valencianos, como la música de banda (fig. 10), la paella (fig. 11), las fallas (fig. 12) o el ya comentado traje de valenciana, como llegó a reconocerse en algún libro de texto escolar apenas estrenada la Autonomía:

“las mujeres iberas eran muy aficionadas a las joyas. Se hacían trenzas formando ruedas y sujetas con alfileres, muy semejantes a las que las valencianas de la zona llevaban hasta no hace mucho” (Prats et al. 1982: 92).

Por otro lado, la Dama de Elche, como cabeza visible de lo ibérico y, por tanto, como reclamo de distintas maneras de entender la identidad valenciana, ha sido protagonista de enfrentamientos políticos sonados. El regionalismo valenciano, ya lo hemos dicho, ha situado en el alejamiento respecto a Cataluña -cuando no en un abierto anticatalanismo- uno de los pilares esenciales de su ideología, resultado del rechazo a una hipotética amenaza pancatalanista deseosa de apropiarse de los iconos valencianos para constituir, así, una homogeneidad cultural y política plasmada en la idea de los Països Catalans. Precisamente, el pasado ibérico ha sido objeto de abusos políticos para reivindicar la singularidad valenciana frente a una desafiante hegemonía catalana, lo cual explica, por ejemplo, que en 2012 la ex alcaldesa de Valencia, Rita Barberá, acusara a Artur Mas de instrumentalizar la entidad Òmnium Cultural para *catalanizar* a la Dama de Elche.

Pero el conflicto con mayor repercusión mediática y social ha sido el generado en torno a la posesión del busto. La ausencia física de la Dama desde pocas semanas después de su descubrimiento en 1897 hasta el año 1941, no fue obstáculo para que asumiera un creciente protagonismo en el imaginario nacional, regional y local. Más bien al contrario, la ausencia dio rienda suelta a los lamentos y reforzó el

componente emocional asociado al busto, lo que garantizó que su regreso a España fuese celebrado como una verdadera victoria nacional. Sin embargo, la decisión de fijar su lugar de residencia en Madrid despertó algunas voces críticas dentro del propio régimen que clamaron por el regreso a Elche -a donde solo ha vuelto temporalmente en 1965 y en 2006-, como la de Ernesto Giménez Caballero, quien firmó un artículo en 1941 en el que afirmaba lo siguiente:

“¡Sí! Elche ¡tiene derecho a entrañar esa escultura en su ibérico paisaje y purificarlo del internacionalismo parisién de tantos años en el Louvre! (...) Y nosotros [la Falange] tenemos el deber de evitar que la Dama de Elche se despaisaje otra vez, se desarraigue otra vez de su marco cósmico e histórico (...) defendemos y pedimos que los pueblos vuelvan a reclamar y poseer sus imágenes y sus símbolos” (Ruiz, Sánchez y Bellón 2006: 71).



Figura. 9: La Dama de Elche reproducida bajo diversos formatos (de izq. a der.): libro de texto escolar de 1987; Dama Ibérica de Manolo Valdés en Valencia, 2007; ilustración de “Nuestra Historia en Cómic”, 1985; ilustración del libro divulgativo “València: història d’una ciutat”, 1998; reproducción a pequeña escala de la Dama de Elche; mapa sobre la cultura ibérica del MARQ (Fuente: Tejeda et al. 1987; C. Rodrigo; González Menéndez 1985: 21; Recio 1998: 24; www.ciclossansano.es; A. Vizcaíno).

El conflicto se hizo más complejo con la configuración del Estado de las Autonomías, pues la descentralización de competencias en materia de cultura, así como el propio proceso de reelaboración identitaria, favoreció la reclamación del busto también desde la escala

autonómica y un fortalecimiento de la perspectiva local (Santamarina et al. 2006). En realidad, el conflicto en torno a la posesión del busto no es solo una cuestión de titularidad, sino que pone sobre el tablero el choque de intereses entre distintas esferas identitarias –nacional,

regional, local- y distintas maneras de entender el valencianismo. Como señalábamos al principio, la reivindicación no traduce necesariamente una contradicción entre los distintos discursos identitarios, algunos de los cuales son compatibles entre sí –el nacional español y el regional y el local-, por lo que hay que tener en consideración otras variables directamente relacionadas con la posesión del busto, y que no solo tienen que ver con el componente simbólico, sino también con las implicaciones económicas y los intereses electoralistas. En este sentido, solamente el nacionalismo valenciano, tanto el de corte catalanista como el anticatalanista y antiespañolista, ha mantenido un posiciona-

miento firme respecto a dónde debe estar la Dama. También a nivel local la reivindicación se ha generalizado, pero, del mismo modo que ocurre a escala autonómica, la petición de devolución y las condiciones de ésta –temporal o permanente- parecen depender más de promesas electorales y de la coincidencia o no del color del gobierno local, autonómico y central, que de un interés real por albergar el busto. Una muestra más de la convergencia de lo regional valenciano y lo nacional español plasmada, en este caso, a través de los debates en torno a la posesión de una pieza arqueológica convertida en icono.

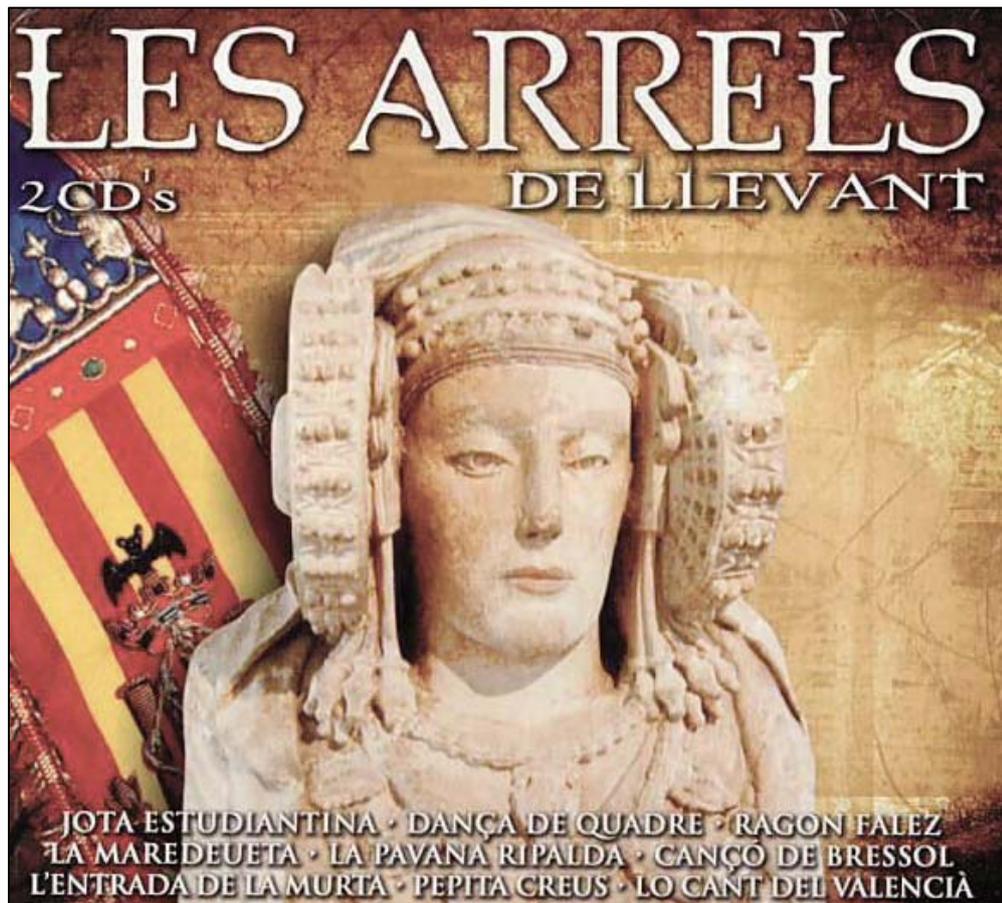


Figura 10: Carátula del CD de música de banda “Les Arrels de Llevant” (Fuente: ancoraudiovisual.com).



Figura 11: *La Dama de Elche preparando una paella en el panel cerámico del restaurante El Nugolat de Elche (Fuente: Olmos y Tortosa 1997).*

6. Conclusión

El hallazgo de la Dama de Elche en un momento en que el regionalismo valenciano asentaba su imaginario simbólico y en el que el nacionalismo español estaba a punto de vivir una profunda crisis de valores como consecuencia de los inminentes acontecimientos del 98, acabaría marcando el devenir tanto del busto como de la doble construcción identitaria valenciana y española. A pesar de la inicial desatención por parte de los intelectuales renacentistas, la adscripción ibérica de la pieza, su propia factura y, en especial, el prestigio internacional que asumía por su exhibición en el Museo del Louvre, hicieron que la Dama no tardara en convertirse en argumento de la genialidad del pueblo valenciano. La historia se desarrollaba en términos esencialistas y el pasado ibérico permitía definir ese primer momento fundacional en el que se había conformado un espíritu valenciano inmutable. Ahora bien, hasta el momento la identificación de lo valenciano con lo

ibérico, impulsada a través de la producción historiográfica y literaria del Romanticismo y, en especial, de la Renaixença, se había fundamentado en la continuidad de un carácter, de unos valores y de la existencia de una serie de topónimos y episodios históricos memorables. Se trataba, al fin y al cabo, de las únicas referencias con las que se contaba, heredadas de la tradición literaria grecolatina, pues la arqueología no había sido capaz de identificar con garantías los restos materiales de los iberos. Con la Dama de Elche no solo se confirmaba la definición de esta y otras esculturas como propiamente ibéricas, sino que, además, se hacía por la puerta grande, pues la calidad artística del busto lo hacía merecedor del reconocimiento de los expertos. Dadas las circunstancias, el regionalismo, y del mismo modo el valencianismo político, utilizaron la Dama de Elche primero como evidencia de la riqueza histórica y cultural valenciana, y pronto como personificación de la propia región, lo que pone de manifiesto la importancia simbólica que al-

canzó sobre todo a partir de la tercera década del s. XX. Puesto que la región había asumido durante la Renaixença la forma de la labradora, y vistos los puntos en común entre la indumentaria tradicional y el tocado ibérico, la Dama de Elche acabó encarnando la imagen arquetípica de la mujer valenciana.

Esta asociación icónica, unida al considerable protagonismo que el pasado ibérico estaba logrando en la arqueología valenciana y en los círculos intelectuales burgueses de la capital del Turia durante la década de los 50 y 60, afianzaría a los iberos como parte integrante e irrenunciable de la identidad regional, fenómeno que recobraría un nuevo impulso con las reformulaciones del relato identitario a raíz de la concesión de la Autonomía.

La afirmación de una singularidad ibero-valenciana ha seguido viva hasta el presente, en ocasiones, incluso, reviviendo discursos esencialistas que, si bien (casi) han dejado de estar presentes en la práctica profesional de la arqueología, continúan haciendo acto de presencia en el ámbito institucional, en especial en contextos de crisis de legitimidad política o en el marco de los enfrentamientos entre distintas maneras de entender la identidad valenciana.

La Dama de Elche, como representación más reconocida de la cultura ibérica, ha focalizado la mayor parte de las reivindicaciones y los enfrentamientos identitarios del territorio valenciano, ya sean de tipo regional y/o nacional, lo que no hace sino incidir en la capacidad que tiene el patrimonio, como materialización del pasado, de entroncar con las identidades a través de procesos de apropiación simbólica. A través de su reiteración en todo tipo de contextos, de su inclusión en los discursos oficiales y

de su asociación a otros elementos simbólicos y culturales, la Dama de Elche ha conseguido ocupar un lugar privilegiado en el imaginario colectivo valenciano al que ni el regionalismo ni el nacionalismo valenciano -como tampoco el nacionalismo español ni la identidad local ilicitana- parecen dispuestos a renunciar.



Figura 12: Falla “La Montaña de la Cultura”, plantada en la Plaza del Ayuntamiento de Valencia en 1993 (Fuente: www.vivelasfallas.es).

Referencias bibliográficas

- Álvarez Junco, J. (2003): *Mater Dolorosa. La idea de España en el s. XIX*. Taurus, Madrid.
- Álvarez-Sanchís, J. R.; Ruiz Zapatero, G. (1998): España y los españoles hace dos mil años según el bachillerato franquista (periodo 1936-1953). *Iberia*, 1: 37-52.
- Aranegui, C. (1997): Una dama entre otras., en OLMOS, R.; TORTOSA, T. (coords.): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*. Pórtico, Zaragoza: 179-186.
- Aranegui, C. (2012): *Los iberos ayer y hoy. Arqueologías y culturas*. Marcial Pons, Madrid.
- Archilés, F. (2006): Acords i desacords. Valencianisme polític i identitat valenciana contemporània. *Afers*, XXI(55): 481-510.
- Archilés, F. (ed.) (2011): *La regió de l'Exposició. La societat valenciana de 1909*. PUV, Valencia.
- Archilés, F. (2012): *Una singularitat amarga. Joan Fuster i el relat de la identitat valenciana*. Afers, Valencia.
- Archilés, F.; Martí, M. (2001): La construcció de la regió com a mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola, en Romeo, M^a.C.; Saz, I. (coords): *Construir Espanya al segle XIX*. Afers, XIX(48): 265-308.
- Cucó, A. (2002): *Roig i blau. La transició democràtica valenciana*. Tàndem, Valencia.
- Díaz-Andreu, M. (1995): Archaeology and Nationalism in Spain, en KOHL, P.L.; FAWCETT, C. (eds.): *Nationalism, politics and the practice of Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge: 39-56.
- Donapetry, M. (2006): *Imagi/nación: la feminización de la nación en el cine español y latinoamericano*. Fundamentos, Madrid.
- Fletcher, D. (1949): *El arte protohistórico valenciano y sus orígenes*. Centro de Cultura Valenciana, Valencia.
- García Canclini, N. (1999): Los usos sociales del patrimonio cultural. En Criado Aguilar, E. (ed.): *Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, Sevilla: 16-33.
- García Oliver, F. (2016): *Valencians sense ADN. Relats dels orígens*. Tres i Quatre, Valencia.
- García Rodríguez, I.; Gómez Alfeo, M. V. (1997): La Dama de Elche en la prensa española a lo largo de medio siglo, en Olmos, R.; Tortosa, T. (eds.): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*. Pórtico, Zaragoza: 222-237.
- Giddens, A. (2003): Tradición, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestros días*. Taurus, Madrid: 49-63.
- Gómez Serrano, N. P. (1950): *Contribución al estudio de la Protohistoria Mítica de los Ibero-Sicanos*. Sicania, Valencia.
- González Menéndez, L. (dir.) (1985): *Nuestra Historia en cómics*. Aramo, Valencia.
- González Reyero, S. (2007): *Juan Cabré Aguiló y la construcción de la cultura ibérica en la primera mitad del siglo XX*. Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales, Murcia.

Hamilakis, Y.; Yalouri, E. (1999): Sacralising the past. Cults of archaeology in modern Greece. *Archaeological dialogues*, 2: 115-135.

Hernández, M.; Enguix, R. (2006): El Servicio de Investigación Prehistórica y la arqueología valenciana. *Arqueología en blanco y negro. La labor del SIP 1927-1950*, Diputación de Valencia, Valencia: 17-32.

Hobsbawm, E.; Ranger, T. (eds.) (2002): *La invención de la tradición*. Crítica, Barcelona.

Juan Cabanilles, J. (2006): El SIP y el Institut d'Estudis Valencians, *Arqueología en blanco y negro. La labor del SIP 1927-1950*. Diputación de Valencia, Valencia: 177-182.

Llorente Falcó, T. (1929): La Señorita España. Pepita Samper, orando ante la Dama de Elche. *ABC* 23/VI/1929: 19.

Núñez Seixas, J. M. (2005): De la región a la nacionalidad. Los neo-regionalismos en la España de la transición y consolidación democrática, en Waisman, C.; Rein, R.; Gurrutxaga, A. (comp.): *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina* Universidad del País Vasco, Bilbao: 101-140.

Olmos, R. (1996): Una aproximación historiográfica a las imágenes ibéricas. Algunos textos e ideas para una discusión, en MARTÍNEZ QUIRCE, F.J.(ed.): *Al Otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*. Pórtico, Zaragoza: 41-59.

Olmos, R.; Tortosa, T. (1997): La Dama Novelada: La invención de lo femenino ibérico. En Olmos, R.; Tortosa, T. (ed.): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*. Pórtico, Zaragoza: 258-280.

Orobon, M. A. (2001): El cuerpo de la nación: alegorías y símbolos políticos en la España liberal (1808-1874). *Feminismo/s*, 16: 39-64.

Prats, J.; Castelló, J. E.; García, M^a C.; Izuzquiza, I.; Loste, M^a A. (1982): *Ciencias Sociales 5. EGB*. Anaya, Madrid.

Prieto Arciniega, A. (2003): La antigüedad en la enseñanza franquista (1938-1953), en Álvarez Martí-Aguilar, M.; Wulff, F. (coords.): *Antigüedad y Franquismo (1936-1975)*. Diputación Provincial de Málaga, Málaga: 111-133.

Recio, C. (1998): *Valencia: història d'una ciutat*, Ajuntament de València.

Ruiz, A. (1994): Vida, muerte y resurrección de los iberos. La Antigüedad como argumento. En Gascó, F.; Beltrán, J. (eds.): *Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*. Sevilla: 191-204.

Ruiz, A.; Sánchez, A.; Bellón, J. P. (2006b): Aventuras y desventuras de los iberos durante el Franquismo. *Los archivos de la arqueología ibérica: una arqueología para dos Españas*, Universidad de Jaén, Jaén: 67-85.

Ruiz Zapatero, G. (1996): Celts and Iberians. Ideological manipulations in Spanish Archaeology, en Graves-Brown, S. Jones, C. Gamble, P. (eds): *Cultural Identity and Archaeology. The construction of European communities*. Routledge & Kegan Paul, Londres: 179-195.

Santamarina, V.; Santamarina, B.; Carabal, M^a A.; Vicente, M. T. (2006): De reina a dama y de dama a reina. Restituciones, contiendas y oposiciones en los procesos de construcción patrimonial. *Arché*, 1: 59-64.

Serrano de Haro, A. (1962): *Guirnaldas de la Historia*. Escuela Española, Madrid.

Tejeda, M.; Bernabéu, J. L.; Castejón, P.; Cortés, M^a M.; Díez, J. L.; Martín Baró, A.; Cuenca, J.; Mascaró, J. (1987): *Sociedad 6. EGB*. Santillana, Madrid.

Viadel, F. (2009): «*No mos fareu catalans*». *Història inacabada del blaverisme*. Universitat de València, Valencia.

Viciano, P. (2000): La batalla imaginada. Una relectura ideològica del passat. *L'Espill*, 5 (2^a época): 5-24.

Villalonga, I. (1919): *Substantivitat del valencianisme: discurs pronunciat el dia 3 de decembre de 1918, en el saló de sessions de la Diputació Provincial de Valencia*. Imp. Valencianista, Valencia.

Vizcaíno, A. (2015): De Damas a Vírgenes. La sacralización de algunos iconos ibéricos. *Arqueologías sociales, arqueología en sociedad. Actas de las VII Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica*, Vitoria: 209-217.

VVAA (1919): *El pensament valencianista. Declaració oficial i comentaris*. Unió Valencianista, Valencia.

Wulff, F. (2002): La Antigüedad en España en el siglo XIX, en Deames, M^aB.; Beltrán Fortes, J. (eds.): *Arqueología fin de siglo: La arqueología española de la segunda mitad del siglo XIX. I Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica*. Sevilla: 119-155.

Wulff, F. (2003): Los antecedentes (y algunos consecuentes) de la imagen franquista de la antigüedad, en Álvarez Martí-Aguilar, M.; Wulff, F. (coords.): *Antigüedad y Franquismo (1936-1975)*. Diputación Provincial de Málaga, Málaga: 9-32.